

NUEVAS ESTELAS PROCEDENTES DE CASPE (ZARAGOZA)

Manuel Martín-Bueno y Manuel Pellicer Catalán

El material objeto de este estudio consiste en dos estelas ibéricas (y dos fragmentos) incompletas, pero de gran interés, halladas fortuitamente en las inmediaciones de la localidad bajoaragonesa de Caspe (Zaragoza). El lugar ya tiene una larga tradición, sobradamente conocida, de aparición de materiales arqueológicos y yacimientos, algunos de singular importancia, que marcan una enorme densidad de poblamiento, sobre todo desde los momentos finales de la Edad del Bronce y su transición a la del Hierro, siendo continuado luego con gran vigor en época ibérica y romana, constituyendo, sin duda, uno de los focos más notables del Valle del Ebro por su especial circunstancia de situación en el camino de penetración desde la costa al interior. Nombres como el Cabezo de Monleón, Zaforas, Palermo, la Tallada, La Loma de los Brunos y otros son una simple muestra de la riqueza de la comarca, riqueza que queda claramente patentizada en época prerromana, constituyendo uno de los núcleos de poblamientos más fuertes y ricos del Valle ¹.

¹ Pellicer, M., «El poblado y la necrópolis hallstätticos de la Loma de los Brunos (Caspe)», *rangusta*, XV-XVI, 1960, 91-106; «La cerámica ibérica en el Valle del Ebro», *Caesarangusta*, XIX-XX, 1962, 37-78; «Los primeros poblados de Caspe», *Nuevo Caspe*, 1971; «Celtas en la región de Caspe», *Nuevo Caspe*, 1972; «Arqueología ibérica de la cuenca del Guadalope», *Rev. Univ. Complutense*, XXVI, 109, Madrid, 1977, 5-23. Para el conocimiento de la zona se puede consultar la bibliografía actualizada: Beltrán Martínez, A., «Aragón y los principios de su historia», lección inaugural curso 1975-76, Universidad de Zaragoza, 1975; *De arqueología aragonesa*, Zaragoza, 1978; Martín-Bueno, M., *Aragón Arqueológico*, Zaragoza, 1977; Eiroa, J., «La

Los materiales que ahora ocupan nuestra atención cuentan también con precedentes en la zona, marcando un centro que, si bien no es muy notable cuantitativamente, sí lo es cultural y tipológicamente por tratarse todos los ejemplos de piezas con una especial personalidad, exponente claro de la cultura ibérica bajoaragonesa. El conjunto de las estelas de la comarca que se insertan en el estudio general, que para los *conventus iuridici* Caesaraugustano y Cluniense hiciera F. Marco en 1978², marca claramente esta característica de fuerte indigenismo, que las separa, en parte, de otros grupos cuantitativamente mayores pero diferentes en estilo, como puedan ser los grupos meseteños de Lara de los Infantes, Poza de la Sal u otros más alejados, como las propias estelas Vadinienses del Norte de la Península³. El grupo bajoaragonés está representado hasta ahora por las piezas de Teruel con veinticuatro ejemplares y de Zaragoza con nueve, que cita F. Marco⁴, más una publicada por M. Martín-Bueno con posterioridad⁵, pero en este conjunto zaragozano sólo seis de ellas son bajoaragonesas⁶. De ellas y del grupo turolense habría que dejar fuera las pertenecientes a otros puntos de la actual provincia bajoaragonesa, apartados del núcleo caspolino-alcañizano.

Esta tradicional riqueza arqueológica de la comarca menciona-

Loma de los Brunos: Noticia preliminar de la 1.ª Campaña de excavaciones arqueológicas de 1980». *Cuadernos de Estudios Caspolinos*, IV, Caspe, 1980; «La necrópolis tumular de la Loma de los Brupos de Caspe: avance de su estudio tras la campaña arqueológica de 1980». *Bajo Aragón Prehistoria*, III, Zaragoza, 1981.

² Marco Simón, F., «Las estelas decoradas de los conventos Caesaraugustano y Cluniense», *Caesaraugusta*, XV-XVI, 1960, 91-106; Fernández L., «Las estelas ibéricas del Bajo Aragón», *Sem. Arte Arag.*, Zaragoza, 1951, 59 y ss.

³ Abasolo, J. A., *Epigrafía romana de la región de Lara de los Infantes*, Burgos, 1974; Cancela Ramírez de Arellano M. L., «El mobiliario romano de las estelas de Lara de los Infantes (Burgos)», *Sautuola*, II, Santander, 1977. Abasolo, J. A.; Albertos, M. L.; Elorza, J. C., *Monumentos funerarios en forma de casa de Poza de la Sal*, Burgos, 1975. García y Bellido, A., «Las más bellas estelas hispano-romanas de tradición céltica», *Homenajes a Albert Grenier, Latomus*, LVIII, Bruselas, 1962. García Merino, C., «Nuevo epígrafe vadiniense procedente de Carande (León) y el problema de los vadinienses como grupo de población hispano-romano», *BSAA*, XXXVIII, pp. 499-511, Valladolid, 1972.

⁴ Marco Simón, F., «Las estelas...», 1978; «Nuevas estelas ibéricas de Alcañiz (Teruel)», *Pyrenae*, 12, pp. 73-90, Barcelona, 1976; Marco, F. y Baldellou, V., «El monumento ibérico de Binéfar (Huesca)», *Pyrenae*, 12, pp. 91-116, Barcelona, 1976; Martín-Bueno, M., «Nuevos materiales de epigrafía romana caesaraugustana», *Caesaraugusta*, 47-48, pp. 297-305, Zaragoza, 1979. A las publicadas por Marco en *Pyrenae*, 12, 1976, hay que añadir ahora las publicadas por Atrian, P., «El yacimiento de Torre Gachero (Valderrobres) y las estelas ibéricas del Museo de Teruel», *Teruel*, 61-62, pp. 1-22, Teruel, 1979.

⁵ Bien entendido que la publicada por M. Martín-Bueno, procedente de Luna (Zaragoza), es de época romana, sin rasgos de indigenismo, salvo en la antroponimia.

⁶ De ellas, una procede de Palermo (Caspe, Zaragoza), cuatro de Caspe y una de Chirana (Zaragoza).

da viene a incrementarse ahora con dos nuevas piezas y dos fragmentos procedentes de Caspe, de las que destaca una por su singularidad hasta ahora en el panorama arqueológico peninsular.

Se trata de estelas indígenas aparecidas casualmente en 1974 en las cercanías de Caspe, en la partida llamada Acampador, junto al Portal de Miláns, en la carretera actual que une dicha localidad con Alcañiz, a unos cuatro metros de la primera y en la margen izquierda de la misma. La noticia fue facilitada a M. Pellicer por don Jesús Giménez, profesor de E. G. B. y perfecto conocedor de la zona⁷. Las excelentes piezas han sido trasladadas a Caspe para su conservación adecuada⁸.

Las circunstancias del hallazgo, como otras veces, fueron las labores agrícolas, sin que se conserven noticias acerca del contexto que las rodeaba o referencias a ajuares o restos que no han quedado. Su conservación se debe esencialmente a la intervención de nuestro informante⁹.

1. DESCRIPCIÓN DE LAS PIEZAS

Pieza 1 (fig. 1), Lám. XVII.

Estela en arenisca de grandes dimensiones, 113 × 80 cm., zoomorfa, rematada por una figura de león tumbado, incompleta. Este tipo de estela zoomorfa es por el momento único en el contexto general de las estelas funerarias peninsulares. La pieza, sensiblemente rectangular, carece de la parte superior izquierda (la correspondiente a la cabeza del animal), y la inferior; así como ha perdido alguna esquirla lateral derecha, sin que ello haya afectado a la iconografía general. Aparece claramente dividida horizontalmente en tres partes, repartiéndose: una primera correspondiente al extremo, en el que tenemos la figuración principal, que aprovecha la forma de la estela para terminarla con una representa-

⁷ Su labor prospector, en tiempos junto con M. Pellicer y posteriormente de forma aislada, ha dado como fruto el conocimiento de numerosos yacimientos en la zona. Sirvan, pues, estas líneas de agradecimiento público a una fecunda labor.

⁸ Su traslado que se producirá de inmediato tiene como finalidad primaria su conservación en espera de acomodo definitivo en el propio Caspe o en el Museo Provincial de Zaragoza.

⁹ Si aparecieron más restos semejantes o del contexto, la noticia y los mismos no se han conservado. Sobre el terreno y en prospección efectuada no se detectan vestigios algunos.



Fig. 1

ción escultórica, casi en bulto redondo, de un león acostado, con la cabeza (que falta) hacia la izquierda, conservándose el arranque de la melena, que se aprecia netamente. Es una representación perfectamente tratada en su perfil, acusando las cuatro patas replegadas en perspectiva normal, marcando muy nítidamente los cuartos traseros y la cola, muy gruesa, que se destaca en su parte inferior del perfil de la estela.

Bajo la figuración animal y en desarrollo horizontal muy cuidado, tenemos, constituyendo el centro de la pieza, una fila de cuatro escudos, compuesta por un escudo oval en primer lugar con umbo desarrollado en cruz de brazos desiguales seguido por otros tres escudos redondos, «caetrae», vistos los cuatro por su parte anterior. De los tres redondos, de igual tamaño, el central tiene marcado el umbo, no siendo así en los otros dos. El tercero está parcialmente deteriorado por un desconchado de la piedra.

Debajo, constituyendo el tercio inferior de la estela que aparece incompleta por esta parte y algún desperfecto lateral, tenemos una interesante y larga inscripción en caracteres ibéricos compuesta, en lo conservado, por cuatro líneas de las que las dos primeras se conservan en su totalidad, no ocurriendo así con la tercera, a la que falta casi la mitad, ni la cuarta, que sólo mantiene identificable una letra. Ignoramos si en la parte inferior desaparecida pudo haber otra línea, aunque es probable.

En la primera línea de inscripción se conservan diez caracteres, en la segunda once, siete en la tercera y tan sólo uno en la cuarta.

La pieza, muy gruesa, pero no en exceso, dado su tamaño total, carece de otro tipo de elementos, haciendo notar su mayor anchura por su tercio superior correspondiente al león, ya que sobresalía parcialmente la cabeza y los cuartos traseros con la cola del animal. El relieve es fino, sin gran bulto, mientras que los escudos aparecen simplemente grabados.

Piezas 2 y 3 (fig. 2), Lám. XVIII.

Estela, también en arenisca, conservada sólo parcialmente, pudiendo apuntarse su forma original con dificultad, aunque debió de ser también rectangular. Se conserva un fragmento de buen tamaño, 66 × 46 cm., de forma sensiblemente triangular, pero que

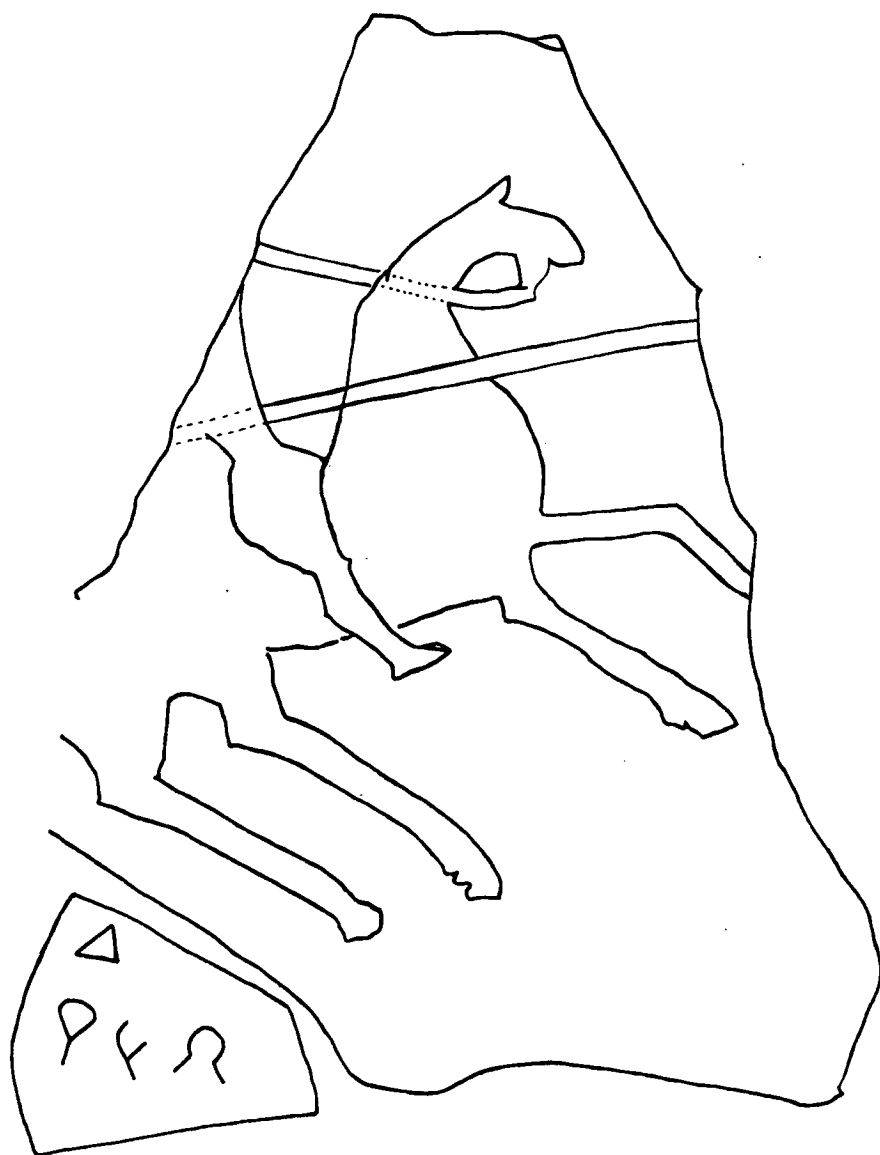


Fig. 2

constituía con seguridad la parte central de la pieza, apreciándose casi toda su representación iconográfica.

Aparece en suave relieve un caballo incompleto a la derecha con jinete. Del caballo se observa con claridad la cabeza, que presenta una oreja puntiaguda hacia delante y una brida en su cuello, perdiéndose parte de su lomo y cuartos traseros, que faltan en su parte superior, y conservándose sus cuatro patas. Del jinete tenemos toda su parte inferior con su pierna derecha y parte de la lanza. La pieza es anepígrafa. En la parte inferior izquierda de la estela (fig. 2) presentamos otro fragmento con cuatro caracteres ibéricos, correspondiente, quizás, a otra estela.

2. LA ICONOGRAFÍA

Estos nuevos hallazgos presentan elementos de sumo interés, que se centra lógicamente en la pieza 1 (fig. 1 y lám. I), dado su carácter excepcional, y dentro de ella en la figura del extremo superior, el león, totalmente nueva en este género de piezas. La simbología correspondiente a esta figuración hay que buscarla en los componentes mitológico-religiosos del mundo oriental sustancialmente, de donde sin duda proceden. En primer lugar el león aparece ligado siempre a conceptos ideológicos de poder. Baste pensar simplemente en la asociación del león al concepto de realeza, tal y como aparece en toda la iconografía oriental y para una simple muestra en el mundo asirio, donde alcanza cotas supremas¹⁰. Es el león el que aparece en ese mundo como símbolo y aun como piedra de toque de la realeza en los relieves asirios, en los que es objeto de actividad cinagética por el propio monarca, que con su victoria ante la fiera —el rey indiscutible de los animales— muestra su propio poder. Ese animal que aparece en todo aquel ámbito espacial como animal protector, leones alados, actuando con un sentido

¹⁰ Para el tema en particular contaremos pronto con el trabajo monográfico inédito aún de la doctora Teresa Chapa, de la Universidad Complutense. Una aproximación al mismo, también en trabajo inédito de M.^a Angeles Malvido, de la Universidad zaragozana, «Notas para el conocimiento de la escultura animalística ibérica en piedra. Catálogo de piezas», Universidad de Zaragoza, 1975. Sobre el trabajo de Blanco, A., «Orientalia II», *A. E. Arq.*, 101-102, vol. XXXIII, pp. 3-43, Madrid, 1960. Almagro Gorbea, M., «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro», *Trabajos de Prehistoria*, vol. 35, pp. 251-270, Madrid, 1978; «Pozo Moro y la formación de la cultura ibérica», *Saguntum*, 13, pp. 227-250, Valencia, 1978. Blázquez, J. M.^a, «Figuras animalísticas turdetanas», Homenaje a D. Pío Beltrán, *Anejos A. E. Arq.*, VII, pp. 87-104, Madrid, 1974. Bossert, H. th., *Altsyrien*, Tübingen, 1951. Marco, F., «Las estelas...», 1978.

profiláctico en puertas de ciudades y otras representaciones¹¹. Es por asimilación el animal que simboliza el desierto y por idéntica asimilación, la sed que provoca ese desierto con lo que estamos a un paso de su significación asociada a la muerte, la sed infinita. Esta presencia en esa relación poder-protección-muerte hace que el león sirva también para proteger, no sólo moradas de vivos, sino también de difuntos y por ello aparece asociado a enterramientos, normalmente grandes monumentos de fuste en los que la representación iconográfica adquiere grandes proporciones, con un origen y utilización abundantísimo en el mundo próximo oriental, de donde pasa, sin duda, a las costas sud-orientales peninsulares¹², de donde luego se distribuirá al resto de las zonas de ámbito ibérico¹³, y entre ellas hasta aquí¹⁴.

Problema aparte, y no menor, es el de identificar en esta pieza, indígena, el carácter real de la simbología que encierra el león con su aplicación coherente en este ejemplar. Más que ello debemos pensar en una reducción simple e infantilista de aquellos ejemplos del sur peninsular y aun de sus orígenes orientales a cotas en las que la representación iconográfica, el león, aparezca posiblemente desprovista de todo aquello y reducida a un mero símbolo, desconectado, en parte, de aquella realidad espiritual, que se toma y aplica quizás como simple ornamento, quizás con un recuerdo o resabio de su posible significado, pero sin que podamos, por ello, deducir algo más allá de la simple aparición como elemento decorativo sin más.

Respecto a las figuras de escudos que aparecen en la estela, hemos de considerarlas enmarcadas en el ámbito del resto de las piezas de la zona y aun del norte peninsular en que vuelven a aparecer, pero sin intentar extraer de ellas más elementos que los que dicte el buen juicio, conscientes de que en muchos casos, por no

11 Parrot, A., *Asur*, Aguilar, Madrid, 1970.

12 Almagro Gorbea, M., «Pozo Moro...». La valoración del núcleo Murcia-Albacete que se ha apuntado hace tiempo toma valor de nuevo con la presencia de monumentos tipo Pozo Moro que en modo alguno es un ejemplo aislado.

13 El trabajo de la doctora Chapa, mencionado antes, titulado «La escultura zoomorfa prerromana», que esperamos ver pronto publicado, expresa gráficamente la penetración y difusión, entre otros, de las figuras de leones definiéndose claramente esta penetración desde el área de SE. peninsular hasta alcanzar el Guadalquivir en su curso alto, desde el que irá descendiendo paulatinamente, siendo de interés reseñar que en las manifestaciones tardías las piezas prácticamente desaparecen de la zona del curso alto para abundar hacia las tierras bajas.

decir en la casi totalidad, es aventurado deducir conclusiones en las que se intente dar una explicación realista y específica a cada uno de los elementos aparecidos. El hecho de que tengamos cuatro escudos, uno de ellos y el primero precisamente oval, mientras que los tres restantes son redondos puede llevarnos a aventuras complicadas, pero no creemos sean positivas. En principio, puede aceptarse, y así lo creemos, que el escudo oval puede hacer referencia a individuo armado a pie, igual que los escudos redondos lo hacen a individuos a caballo¹⁵. Sabida es la utilización tradicional del escudo circular, por su mayor comodidad, a veces también el oval¹⁶, por individuos de a caballo, mientras que el rectangular u oval se reserva a los infantes, el *scutum*¹⁷. De ello y de la aparición de uno oval y tres circulares, podría deducirse la referencia a un individuo a pie y tres a caballo, sin que entremos en el resbaladizo camino de explicar que ello hace referencia a otros tantos enemigos vencidos. Pensamos que la presencia de estos escudos debe ser solamente una alusión iconográfica, sin más¹⁸, utilizada

14 Parece claro que este ejemplo, conexo con la escultura exenta es una prueba aislada de la llegada de elementos hasta tierras lejanas del ámbito normal de aparición. A ella hay que añadir las figuras de bulto redondo presentadas por F. Marco al Simposio «Orígenes del mundo ibérico», Barcelona, 1976, Amp. 38-40; consistentes en esculturas de caballos halladas en el Cabezo Palao de Alcañiz (Teruel), y la figurilla de bronce, presentada al mismo simposio por Martín-Bueno, M., aunque en este caso sea una figuración humana.

15 Conviene, ante todo y a este efecto, hacer distinción entre el escudo oval que aparece aquí y que se puede considerar como escudo de infante, con el escudo elíptico que en la tradición de la evolución de la caballería sería el primitivo escudo, antes de que se adoptase por comodidad el redondo, e incluso, y esto atañe a la caballería indígena hispana, el escudo redondo pequeño, la «caetra», para la caballería ligera, aunque también fuese utilizado por la infantería ligera. En tal caso, los escudos que parecen en ls estelas de Palermo (Caspe) y Calaceite (Teruel) serían elípticos y no ovals. Sin embargo, habrá que pensar en el objetivismo o no del artista que realizó las piezas. Es interesante anotar que el escudo primero que aparece en esta estela de Caspe, el oval, es exactamente igual que el que porta uno de los guerreros de los relieves de Osuna, con el desarrollo del umbo en cruz de brazos desiguales como en nuestro ejemplo, sin que hayamos podido encontrar una similitud mayor en ninguna otra pieza. Para definiciones de escudos en las fuentes clásicas (referidos al armamento greco-romano), *Polibio*, VI, 25; *Arriano Tact*, IV, 7-9. Entre los estudios modernos, Coussin, P., *Les armes romaines*, París, 1926, pp. 75 y ss. Cabre, J. y Cabre, M. E., «La caetra y el scutum en Hispania durante la segunda Edad del Hierro», *BSAA*, 1940, páginas 57 y ss., Valladolid. Bruhn de Hoffmeyer, A., *Arms and armour in Spain*, vol. I, Madrid, 1972.

16 Para el mundo romano, mejor conocido, sabemos que utilizan para la caballería el escudo redondo, el *clypeus*, hasta la época post-serviana, en que adoptarán el oval, tomado del mundo céltico, como más práctico. No repugna, sin embargo, pensar que el escudo redondo, la «caetra», que encontramos en los pueblos indígenas hispanos, no es en modo alguno el viejo *clypeus* de gran tamaño, sino un elemento más pequeño y ligero acorde con caballería que basaba su efectividad en la movilidad y ligereza. *Polibio*, VI, 25, ya menciona la introducción del escudo redondo en Roma a imitación del mundo griego, aunque luego como vimos lo abandonen por el oval.

17 El *scutum* era el viejo escudo de piel y armazón de madera romano, muy pesado e incómodo que sufrirá notables cambios, y entre ellos la reducción de tamaño y la adopción de formas diferentes. Ya citamos antes que el escudo oval que aquí aparece lo tenemos en un relieve de Osuna portado por un individuo de a pie.

18 Opinión que suele mantenerse en la actualidad sin discusión.

libremente para rellenar un espacio en el que caben cuatro piezas de ese tamaño, y que por razones estéticas se ha colocado en primer lugar un escudo oval y luego los tres redondos, aunque aquí también cabría pensar en una doble alusión a jinetes, bien fuera al pasado del propio individuo o al de sus oponentes vencidos. El hecho de que creamos que se trata de un elemento iconográfico sin realidad numérica estriba, entre otras razones, en que por un afán exclusivamente decorativo, aparece una sola de las rodela, la central con el umbo desarrollado y marcado y las otras dos no. Si no hubiese una intencionalidad decorativa, no tendría por qué estar dispuesto así el conjunto.

El sempiterno problema de la correspondencia entre número de representación de armas y enemigos vencidos parece que no tiene sustentación, dado que si en las estelas que aparecen escudos, éstos no sobrepasan un número prudente, en el caso de lanzas los ejemplos aragoneses harían que nos enfrentásemos ante auténticos superhombres, dada la cantidad de enemigos vencidos en ese caso, circunstancia harto improbable; además en esas piezas predomina la función decorativa en la composición, por lo que se puede descartar la posibilidad de una explicación por el camino de los «enemigos muertos».

Respecto a la disposición iconográfica de los elementos y entre ellos, de los escudos, también, y hasta ahora, esta pieza no tiene precedentes exactos. Siempre aparecen escudos, o bien portados directamente por los guerreros, posiblemente el difunto, como en los casos de: Clunia (Marco, F., B. 11)¹⁹, en la que aparece un jinete con su escudo redondo sujeto al cuello del caballo, de tamaño mayor que otro escudo colocado debajo de él, más tres, sujetos a una posible lanza que enarbola sobre su hombro, más otros cuatro escudos colocados verticalmente delante del caballo. Es de anotar que en este caso cluniense con una extraordinaria cantidad de escudos que pueden hacer referencia simplemente y de forma general a la valentía del difunto, los escudos, salvo el que se puede considerar como de armamento propio, aparecen aquí en posición invertida, del revés, con la empuñadura a la vista, detalle que, si tiene una explicación real, habría de ser sin duda

¹⁹ Marco, F., *Las estelas decoradas...*, B. 11, p. 121. García y Bellido, A., 1949, 371 lámina 627.

referente al arma ya inútil, la del vencido, la que carece de brazo que la sustente, ya que el escudo que enarbola tiene el umbo marcado y a la vista. Este extremo, no obstante, es difícil de afirmar con rotundidad, dado que en muchos casos la representación se simplifica y no aparece ni umbo ni empuñadura²⁰. En la también pieza de Clunia (Marco, F., B. 12)²¹, incompleta, tenemos jinete con escudo claramente enarbolado, de tamaño mayor que los restantes, más uno sujeto a su lanza (en forma quebrada para que quepa en la composición discoidea)²², más tres escudos pequeños, solapados por razones de espacio, colocados también delante del caballo. Un pequeño círculo, interpretado como pequeña rodela, en el cuello del caballo viene a añadir otro ejemplar más, sin que los que han estudiado la pieza en profundidad, ni nosotros mismos, podamos afirmar si ese grabado es contemporáneo o posterior²³, o incluso si es o no una rodela. En esta estela, y volviendo al problema del umbo o empuñadura, sólo aparece el umbo en el gran escudo que porta el jinete, mientras que los otros no lo llevan, sin que se pueda afirmar por ello que pretendan representar escudos vueltos, pero sin descartarlo totalmente.

Podemos afirmar, al menos desde el punto de vista estadístico y a la luz de los hallazgos disponibles, que en las estelas que contienen escudos hay una clara diferenciación en tamaño entre el que corresponde al armamento del jinete, siempre redondo y grande, y los escudos o rodelas que aparecen en el campo o portados también (¿como trofeo?) por el jinete²⁴, haciendo referencia a algo que desconocemos, pero que podría interpretarse como la victoria en general, el valor, u otro motivo puramente abstracto. Pueden ser despojos de vencidos, pero no creemos tengan que hacer referencia exacta a cantidad de los mismos. Igual explicación podemos hacer para los infantes que portan escudos, éstos normalmente oblongos, como suele corresponder al escudo del guerrero a pie, salvo excepciones en las que también llevan «caetra» o rodela,

²⁰ No obstante, este extremo merece una mayor atención en adelante.

²¹ Marco, F., *Las estelas decoradas...*, B. 12, p. 121; García y Bellido, A., 1949, 372, lámina 268.

²² Creemos que esta es la razón y aquí sí que se haría referencia, aunque no necesariamente numérica ni exacta a despojos militares de vencidos. Despojos que en el mundo indígena no trascienden más allá, mientras que en el mundo romano evolucionarán hacia los triunfos y luego a los arcos triunfales.

²³ Pudiera serlo, ya que la composición iconográfica no la precisa.

²⁴ Vid. nota 22.

arma defensiva que debió de ser frecuente en unidades o mejor individuos armados ligeramente²⁵.

En el grupo de las piezas aragonesas volvemos a encontrar escudos tanto correspondientes al armamento del sujeto principal, como al relleno de campo, con igual significación que los anteriormente expresados. Hay que anotar, sin embargo, que en el núcleo bajoaragonés la presencia de escudos ovales es mayor que en otras zonas proporcionalmente. Hay dos jinetes que portan escudo oval²⁶, mientras que en el campo hay rodela, además de la nueva pieza de Caspe en que aparece en primer término un escudo oval con las tres «caetrae». Poco podemos decir sobre el tema, pero sí recordar que tradicionalmente se admite que la «caetra» es el escudo mediterráneo peculiar²⁷.

Estadísticamente y según las piezas conocidas, tenemos que en Burgos hay 17 escudos (englobando redondos y ovales siempre); en Navarra, 1; en Cantabria, 1; 1, en Soria; en Aragón, 9, de los que: Zaragoza, 5; Huesca, 1 (en el monumento de Binéfar); en Teruel, 3. De los aragoneses son ovales 3 y redondos 6.

Para la segunda pieza del jinete, el tema es de por sí lo suficientemente conocido y amplio que no necesita referencia a los paralelos que hay por doquier, destacando el núcleo burgalés, pero con extensión a otras zonas. Es un tema de carácter heráldico con honda repercusión tanto en el mundo funerario de las estelas, como en el arte de las monedas ibéricas, planteando el problema de la datación de los tipos originales que, si bien para las monedas su relación con los tipos de Magna Grecia es clara, el jinete de las estelas con toda su implicación con ultratumba, la heroización del difunto²⁸, etc., tiene alcances mayores. Se puede pensar que sobre una idea subyacente, quizás vinculada con el mundo céltico²⁹, se superponga luego el hecho de la aparición de un tipo muy generalizado, como el de las monedas del jinete que adquiere tanto arraigo precisamente sobre celtiberia y aledaños, dando lugar quizás a su

²⁵ Más aptos para el concepto conocido del guerrero hispano que nos muestra la reliquia con claros ejemplos en el mundo del sur como en Osuna o en ámbito portugués en Lusitania.

²⁶ Elíptico mejor. Vid. nota 15.

²⁷ Chica, G. de la, «El armamento de los iberos», *RABM*, LXIII, 1, pp. 309-321.

²⁸ Benoit, F., *L'Héroisation équestre*, Aix-en-Provence, 1954.

²⁹ A este respecto, Marco, F., recoge las opiniones al uso en *Las estelas decoradas...*, 1978, pp. 33-39.

copia inmediata en las estelas del género, pero haciendo la salvedad de que no es una simple copia o adaptación, sino que la idea ya existía en el territorio que aparecen. Más compleja es la interpretación para el mundo bajoaragonés, ya que los tipos heráldicos de jinetes son netamente diferentes a los de las monedas y creemos que quizás anteriores.

3. LAS INSCRIPCIONES IBÉRICAS

La parte más interesante de la pieza, la inscripción en caracteres ibéricos, es la que desgraciadamente ha sufrido deterioro más patente. La parte inferior de la estela aparece fragmentada, con lo que una porción de la inscripción ha desaparecido, y no sólo ello, sino que de lo conservado de la misma la cuarta línea contiene sólo una letra y la tercera ha perdido la mitad aproximadamente de la inscripción, la del lado derecho, siendo, por otra parte, muy extraña la circunstancia de apreciarse una sistemática alteración de las letras mediante un regrabado de las mismas que ha borrado lo originario. No podemos determinar la antigüedad del deterioro, pero por las huellas podría ser incluso un deterioro antiguo, no atreviéndonos a formular la posibilidad de una «damnatio memoriae», para la que no hay precedentes en el mundo indígena, pero sin poderlo excluir³⁰.

La inscripción en lo conservado queda así:

La lectura que proponemos sería:

1. ^a línea:	O S O R B E R B A N E B A
2. ^a línea:	S I L D A R I A R I B E R
3. ^a línea:	A R I R E B O R
4. ^a línea: R

De ella separaremos las siguientes palabras: OSORBERBANE. BA o mejor OSORBER, BANEBA, SILDAR, IARIBER, ARIREBOR, dejando la A aislada de la 4.^a línea³¹.

³⁰ Hay un deterioro intencionado y evidente que no creemos se deba en su totalidad a daños producidos por arados.

³¹ La no especialización en materia filológica nos induce a plantear simplemente la lectura y posible separación de palabras, por supuesto sujetos a posible error. Los comentarios son simplemente de carácter morfológico y superficiales.

De lo contenido parece que ninguna de las palabras existentes carece de nada, no hay puntuación, y menos son los datos referentes a peculiaridades epigráficas. La utilización de los distintos signos es correcta, distribuyéndose cuantitativamente y por las distintas grafías utilizadas; así, de un total de 29 signos, once son vocales, doce son consonantes y seis son signos bilíteros. Aparecen las vocales *a*, *e*, *i*, *o*. La *e* y *o*, dos veces cada una; tres, la *a*, mientras que la *i* lo hace cuatro veces. Todos los signos se repiten de igual forma, sin variantes. Para las consonantes, la *r* aparece ocho veces con tres grafías distintas, cinco son *r* suaves, mientras que dos lo son fuertes. La *s* aparece una vez a fin de palabra y otra en medio, cada una con su grafía característica. Las *n* y *l* aparecen una vez cada una. En cuanto a los signos bilíteros, tenemos: dos veces la *be*, con grafía distinta, y dos veces la *ba*, con grafía idéntica; el *bo* y *ta* aparecen una vez cada uno, en total seis signos.

Paleográficamente, la inscripción, pese a su primitivismo, es correcta, con homogeneidad en la longitud de líneas, en la separación de los signos y en el tamaño de los mismos. Se nota cierto arcaísmo en la *s*, que inicia la segunda línea y que constituye el final de la palabra BANEBA.

De todos los elementos que componen la inscripción tenemos atestiguado el vocablo BANEBAS, que aparece en la forma Banebar, en terminación en *r*, en un fragmento de cerámica ibérica pintada de Liria, fechada en el s. III a. C.³²

Desde el punto de vista de la lengua, es claramente la ibérica, aunque con particularidades que matizan el problema. En opinión de J. Siles, que nos ha aportado algunos sustanciosos datos a este respecto y al que agradecemos públicamente, puede haber bien matizaciones de tipo dialectal, que por otra parte pueden ser lógicas o bien modificaciones diacrónicas en el vocalismo. De este aspecto resulta relevante el vocablo s.i.l.da.r. menos frecuente que el muy comúnmente utilizado s.e.l.da.r., que aparece documentado varias veces en Cretas, Sinarcas, Cabanes, e incluso en Cagliari. También el caso de a.r.i. — frente al más repetido y conocido a.r.e. (J. Siles. «Pepeles Lab. Arq.» Valencia, 12, pp. 162-63).

32 Maluquer, J., *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*, Barcelona, aporta en su repertorio un BANEBAR (núm. 170), (Liria, 79), en grafito sobre cerámica ibérica. Creemos que en nuestra pieza debe decir BANEBA, mejor que BANEBAS, ya que es más probable la siguiente palabra, con la raíz SILDAR, ya conocida.

La interpretación funeraria de la pieza es evidente y por tanto la inscripción debe serlo. La utilización de los escudos y el león como elemento iconográfico es neta, aunque sobre todo este último destaque sobre el contexto de piezas conocidas hasta ahora. Respecto al texto podría tener una estructura en la que en principio tendríamos en primer lugar en la primera línea el nombre del difunto, quizás en la segunda una mención a la tumba, con el s.i.l.d.a.r. (A. Beltrán, *Zephyrus*, IV, 1953, p. 500). Los siguientes elementos, fin de la segunda línea e inicios de la tercera pudieran constituir dos nombres propios: i.a.r.i.be.r. por una parte y a.r.i.r.e.bo.r. por otra, mejor que la posibilidad de que fuese solamente un solo nombre, a nuestro juicio excesivamente largo, siendo ésta también la opinión de J. Siles. Piensa, no obstante, este investigador, a propósito de la primera línea, en una posibilidad de alargar el nombre propio comprendiendo la totalidad de la línea, aunque dejando posibilidad, que nosotros postulamos, de aceptar el final de la misma como el consabido *de*.

Para los otros nombres propios aludidos antes, i.a.r.i.be.r. y a.r.i.r.e.bo.r., hay paralelos en otras inscripciones con elementos comunes a ellos. Un ejemplo i.be.r. en un frag. cerámico. MLH,B.9.6. (cf. Siles, *BzN*, 13 (1978), 331-340); para el segundo variedad de nombres que empiezan por a.r.e.—; —bo.r., con paralelos en u.r.ce.bo.r. (Els Monjos), ba.cu.bo.r. (Azaila), ba.r.bo.r. (Azaila), —bo.r. (Ruscino), y otros³³.

En la parte inferior izquierda de la figura 2 adjuntamos un fragmento de inscripción con cuatro caracteres:

Su lectura sería:

1.ª línea:	D U
2.ª línea:	R E BE

4. LAS ESTELAS BAJOARAGONESAS

Las nuevas piezas caspolinas, objeto de nuestro estudio, se en-

³³ Son ilustrativos los trabajos de Untermann, J., «Eigennamen auf iberischen inschriften», *Actas II Col. Linguae preromanas de la Pla. Ibérica*, Tübingen, 1976; Salamanca, 1979, pp. 41-67; Evans, D. E., *Gaulish Personal Names*, Oxford, 1967; Blañar, V., «Prinzipien einer strukturell-typologischen Antroponomastik», *Actas XI Congrès Internat. Sciences Onomastiques*, Sofía, 1972 (Sofía, 1974), pp. 131-139; Caro Baroja, J., *BRAE*, XXV (1946), p. 183; Vallejo, *Emérita*, XVIII (1950), pp. 181-185 e *Ibid.*, XIV (1946), p. 422; Beltrán, P., *Crónica IV CASE*, p. 311; Beltrán, A., *Zephyrus*, IV, p. 500; Guadán, *Ampurias*, XXVIII (1966), p. 113.

marcan claramente en el grupo bajoaragonés representante casi exclusivo, hasta el momento, de este género de piezas en Aragón, ya que el monumento de Binéfar decididamente, como publicasen F. Marco y V. Baldellou³⁴, no puede considerarse estela en modo alguno. Tampoco los ejemplares con inscripción latina de Ariza, Layana, Luna y Sos alteran este panorama sustancialmente, ya que no corresponden al mundo indígena³⁵. También habrá que separar, aunque bajoaragonesas, las cuatro estelas latinas de Puertomingalvo, también publicadas por F. Marco³⁶.

El reparto geográfico de las mismas nos da un panorama de desequilibrio en favor de Teruel, aunque ello no tenga trascendencia, dada la actual división administrativa. Más ilustrativo en ese sentido es la existencia, también en este tipo de monumentos, de un grupo con fuerte personalidad, que arqueológicamente siempre ha sido muy fértil, pero cuya realidad empieza a cambiar muy positivamente por el número y calidad de todo tipo de hallazgos, como es el núcleo bajoaragonés. Las zonas caspolina y alcañizana engloban la mayor parte de las piezas conocidas, siendo, además, de esa procedencia los nuevos hallazgos, que con relativa frecuencia menudean y van a engrosar la bibliografía existente³⁷. Hay un total de siete estelas foráneas al grupo, más la pieza de Binéfar, sobre un total de treinta y cuatro. Además todas las del núcleo reseñado son de características indígenas, generalmente muy acusadas, además de mantener elementos definitorios de grupo muy claros, como son los frisos y composiciones a base de puntas de lanzas que estudiara detenidamente F. Marco³⁸. El reparto iconográfico del conjunto arroja una neta división entre una porción de piezas con frisos o composiciones de lanzas y otras, menores en número, en las que aparecen o bien escenas bélicas, como una del Palao de Alcañiz³⁹, o jinetes como las de Palermo, o incluso una escena extraña

34 Marco, F.; Baldellou, V., «El monumento ibérico de Binéfar (Huesca)», *Pyrenae*, 12, Barcelona, 1976, pp. 91-116.

35 Marco, F., *Las estelas decoradas...*, 1978; Martín-Bueno, «Nuevos materiales epigráficos zaragozanos», *Caesaraugusta*, 47-48, pp. 297-305, Zaragoza, 1979.

36 Marco, F., *Las estelas decoradas...*, 1978, pp. 206-207.

37 Por una parte, las piezas que presentamos y por otra los nuevos materiales que proceden de excavaciones en curso en el Cabezo Palao de Alcañiz dirigidas por F. Marco.

38 Marco, F., «Nuevas estelas ibéricas de Alcañiz (Teruel)», *Pyrenae*, 12, Barcelona, 1976, pp. 73-90; Atrian, P., «El yacimiento de Torre Gachero (Valderrobres) y las estelas ibéricas del Museo de Teruel», *Teruel*, 61-62, Teruel, 1979, pp. 1-22.

39 Marco, F., *op. cit.*, 1976.

con un caballo y posible carro en la ermita de S. Marcos de Chiprana. Hasta el momento es única la aparición de una composición como la del león de Caspe. Por lo que hace referencia a la estela con jinete, sus semejanzas, mucho más amplias, nos llevan dentro del propio grupo bajoaragonés, o bien al grupo de Clunia, entre los tipos más antiguos de las discoideas, o a una de las aparecidas en Hormilleja (Logroño)⁴⁰, estando más lejos en su figuración, pero no en esquema la de Iruña (Alava)⁴¹, dentro de las indígenas.

5. CONCLUSIONES

No pueden finalizar estas notas sin unas someras consideraciones acerca de los problemas que plantea la aparición de estas nuevas y significativas piezas, y de su enmarque cronológico y cultural.

En primer lugar, no es preciso incidir de nuevo en su singularidad, sobre todo en lo que atañe a la pieza 1. Su figuración nos lleva a enlazar el tema del león, dejando ya la simbología apuntada antes, con el mundo ibérico de la costa mediterránea, y, por supuesto, con el problema de la llegada de estas representaciones plásticas procedentes del mundo colonial Mediterráneo-oriental. No es infrecuente en el Sur y Este peninsular encontrar tales figuraciones en escultura de bulto, y un reflejo de ello es la dispersión alcanzada por estos temas en todo el mundo del área ibero-tartesia. Esta dispersión para un tipo singular como es el león nos lleva a planteamientos sobre la escultura zoomorfa en general, cuyo análisis no es nuestra intención, análisis que pronto, con la publicación de una monografía de T. Chapa⁴² al efecto, dará visión de conjunto muy útil. Según datos facilitados por aquella autora, dentro de la distribución conocida hasta el momento de figuraciones leoninas y para aquellas piezas de la fase inicial, del mundo ibérico, con influencias orientales y griegas, los límites por el norte nos llevan: por la costa a Sagunto (Valencia), y por el interior a Alarcos (Ciudad Real). Este panorama se reduce más, si pasamos a la fase inme-

40 Martín-Bueno, M., «La necrópolis medieval y las estelas indígenas de Hormilleja (Logroño)», *NAH, Preh.*, IV, pp. 354 ss., Madrid, 1975.

41 Nieto, G., *El oppidum de Iruña (Alava)*, Vitoria, 1958.

42 Chapa, T., «La escultura zoomorfa ibérica», tesis doctoral inédita, Madrid, 1980.

diata que llega hasta el mundo romano imperial, en que la aparición de leones en piedra queda restringida al río Guadalquivir a excepción de una pieza emeritense ⁴³.

Es indudable que no tiene la misma utilización una escultura exenta en piedra, que una estela coronada por un león, pero es innegable, por otra parte, que la mentalidad que provoca la utilización de ambas es la misma, la indígena que absorbe algo que no es propio de aquí, y que tiene un origen oriental evidente. Por otra parte, la utilización de buena parte de los leones de la escultura ibérica, tras la publicación del monumento de Pozo Moro por M. Almagro Gorbea ⁴⁴, como elementos inherentes a una tumba, en aquel caso monumental, arrojan un balance, en el que el significado de los cuatro leones de Pozo Moro, flanqueando la torre, y el león de la estela caspolina es el mismo, el de guardar y proteger el enterramiento. Además la posibilidad creciente de que muchas piezas de la escultura ibérica zoomorfa, hoy sin contexto arquitectónico, pertenezcan a monumentos como la torre de Pozo Moro, crece por momentos ⁴⁵.

Dentro de este planteamiento, parece evidente relacionar la figura de este león caspolino, con el mundo ibérico de la costa mediterránea y, por tanto, con los aportes orientales llegados a aquellas latitudes, de donde penetrarían hacia las tierras del Ebro, hasta llegar a la zona en que lo hallamos. Menos relación tiene con el mundo oriental la estela, que creemos tiene que ver con el mundo indoeuropeo en el que está mucho más arraigada, no siendo extraña su aparición en un núcleo notable de ellas y en una zona en que la tradición de elementos culturales, procedentes de yacimientos de todos conocidos, arroja un balance positivo hacia aquella influencia ⁴⁶. Los escudos habría que relacionarlos con una mentalidad simplista, como la que hace representar lanzas en otras estelas, sin que por el momento la aparición de escudos ovales y redondos, con su doble origen, sirva para algo más que lo referido antes

⁴³ Esa dispersión señala con claridad la zona del SE. como originaria de la penetración.

⁴⁴ Almagro Gorbea, M., *cit. supra*.

⁴⁵ En opinión de Almagro Gorbea que compartimos plenamente.

⁴⁶ La penetración de elementos y aun de gentes en momentos anteriores a la llegada de los primeros influjos coloniales queda bien expresada en Almagro Gorbea, M., «El Pic dels Corbs, de Sagunto, y los campos de urnas del NE. de la Península Ibérica», *Saguntum*, 12, Valencia, 1977, pp. 89-144.

a este tenor. Una alusión posible a caballería y gentes indoeuropeas por la presencia del oval, y referencia a infantería y a mundo mediterráneo los escudos redondos, «caetrae», rodela, o como queramos denominarlos. Ahora bien, no podremos saber si la presencia y conjunción de todos los elementos obedecen a una intencionalidad concreta, como sería nuestro deseo, o simplemente a la utilización de los mismos con un simple afán decorativo y simbólico, mucho más intrascendente.

En otro orden de cosas, las inscripciones, en cuyo estudio no entramos antes ni lo hacemos ahora por ser trabajo de filólogos, son de singular importancia, en primer lugar por la longitud de la 1.^a, pese a estar truncada, ya que por el momento es la pieza del género con inscripción más larga que conocemos. Por otra parte, la presencia de elementos nominales, los sufijos, como *ba*, *ari* y otros, nos hablan de un mundo claramente ibérico⁴⁷, por lo que la relación con la zona costera es evidente, no extrañando su presencia, dada la fuerte presión que siempre se ha aceptado ejercen los pueblos ibéricos a partir del siglo IV a. C. hacia el interior.

Respecto a su datación, parte espinosa del problema, es evidente que nos encontramos ante unas piezas, esencialmente la del león, que entran entre las más antiguas del género, no sólo del núcleo bajoaragonés, sino de otras semejantes, como pueda ser el núcleo burgalés de Clunia o Lara de los Infantes (este posterior), o incluso alguna pieza de Hormilleja⁴⁸. Por los aspectos formales, por la aparición de la palabra BANEBA, con un paralelismo en el Banebar que aparece en un grafito de Liria del siglo III a. C.⁴⁹, nos inclinamos a dar para estas piezas, una cronología que puede ir con prudencia hacia el primer tercio del siglo II a. C., considerando, sobre todo, la improbabilidad de la existencia de piezas con inscripciones antes de la llegada de los romanos, que marca posiblemente el inicio de una costumbre que permanecerá a partir de entonces.

47 Untermann, J., «Eigennamen auf iberischen Inschriften», *Actas II col. linguas prerromanas de la Pla. Ibérica*, Tübingen, 1976, Salamanca, 1979, pp. 41-67.

48 Martín-Bueno, «La necrópolis medieval y las estelas indígenas de Hormilleja (Logroño)», *NAH. Preh.*, IV, pp. 354 ss., Madrid, 1975.

49 MALUQUER, J., *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*, Barcelona, 1975, p. 124. Beltrán, P., «Los textos ibéricos de Liria», *Rev. Valenciana de Filología*, III, Valencia, 1953.

Resumiendo, pues, tenemos:

1. Aparición en una zona muy al norte, para lo conocido hasta el momento, de una figuración zoomorfa en medio bulto, que junto con los caballos de bulto completo del Palao de Alcañiz, publicados por F. Marco, marcan unos nuevos límites septentrionales de expansión de la escultura zoomorfa prerromana.
2. Utilización de una figura animal, el león, con todo su significado simbólico, en una estela, ejemplo único hasta el momento, pero en conexión con los monumentos funerarios ibéricos.
3. Enriquecimiento de la penetración de elementos puramente ibéricos costeros hacia el interior del Valle del Ebro, a zona antes fuertemente indoeuropeizada.
4. Confirmación posible de la antigüedad notable, inicios del siglo II a. C. del grupo de estelas bajoaragonesas, marcada por éstas y otros ejemplos. Fecha que consideramos segura para la zoomorfa, pudiendo rebajarse algo la del jinete.